

La tienda de los recuerdos

ROBERTO SARAVIA

“¿Cuánto es, por favor?”, inquirió el hombre mientras mostraba un periódico, una bolsa de papas tostadas y un jugo de naranja en el mostrador.

“Mil cuatrocientos veintiséis”, respondió Doña Luz con un gesto amable y prácticamente sin mirar siquiera la caja registradora, desde el otro lado del mostrador. Automáticamente, alargó su brazo hacia el dispensador de cigarrillos, pero la voz del hombre la interrumpió.

“Hoy no llevaré, gracias. Estoy tratando de dejar el vicio”, explicó.

“Ah, muy bien. ¡Buena suerte!” lo animó ella mientras mostraba su típica sonrisa. Él asintió con la cabeza en un gesto de agradecimiento. Era la quinta vez que le decía “voy a dejar el vicio” y la mujer nunca había expresado sarcasmo o incredulidad, a diferencia de todos los otros que habían escuchado anteriormente dichas palabras de sus labios. Se marchó.

La tienda de Doña Luz contrastaba grandemente con los diversos locales comerciales de la ciudad. Si se pudiese comparar con algo, sería con un campesino, de ropa manchada y piel curtida por arar la tierra, en una sala repleta de ambiciosos y bien arre-

glados corredores de bolsa en Wall Street. El primer piso del local acogía la mercadería a la venta; el segundo, sus pertenencias, ya que en la segunda planta se ubicaba su hogar. Su tienda era parte abastecedor, parte lavandería, parte ferretería y parte bazar. La singular amalgama de productos que ofrecía esa tienda convivía armoniosamente con los adornos de la herencia afrocaribeña de su propietaria. De vez en cuando, algún turista extranjero se quedaba boquiabierto ante la belleza de tales adornos y preguntaba por su precio, a lo que Doña Luz respondía siempre sonriendo “Lo siento, no están a la venta. Son mis recuerdos”.

Doña Luz, con incontables horas de esfuerzo y sacrificio, había levantado su negocio en los días en que la ciudad no había aún iniciado su crecimiento desmesurado. Ella recordaba las mañanas cuando abría las puertas de su local; la estación de trenes a tres cuadras aún no existía y en su lugar un amplio cafetal extendía sus dominios hacia la lejanía. La mujer estiraba sus robustos brazos hacia el cielo, y luego, como tratando de alcanzar el sol en el este, repetía las palabras que la habían acompañado desde siempre: “Hoy también nos levantamos”.

Doña Luz siempre había seguido ese ritual, incluso cuando los edificios, cual horda de invasores gigantescos, empezaron a vislumbrarse por el norte y poco a poco fueron ganando terreno hasta que reclamaron todo el territorio para ellos y su ejército de vehículos, ruido y contaminación. La mujer extendía sus brazos al alba, pero ahora gigantescas moles de concreto le impedían ver por las mañanas el sol en su totalidad. Sin embargo, ella no necesitaba sus ojos para saber que el astro aún se encontraba allí, brindándole luz y calor, y repetía como siempre: “Hoy también nos levantamos”.

“Disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar empaques para grifo?”, le preguntó un joven de aspecto atribulado que recién entraba.

“¿Estos le sirven?”, dijo ella mientras mostraba un diminuto frasco de exterior un poco empolvado, pero con su interior repleto de empaques que ostentaban orgullosos sus diversas formas y tamaños.

El joven, al verlos, lanzó su expresión tensa al basurero de la entrada y la reemplazó con una sonrisa de alivio y satisfacción. El sucio frasquito evidentemente representaba para él todo un tesoro.

“¡Señora, muchas gracias; me salvó la vida!” exclamó él al pagar y retirarse apresuradamente. Ese pequeño y redondo artefacto de goma que adquirió en la tienda de Doña Luz resolvería el problema del grifo que se negaba a cortar el flujo del agua cuando se cerraba.

Doña Luz sonrió. Recordó el inicio de su tienda. Cuando recién llegó a la ciudad, compró y se instaló en el edificio de dos plantas. Había decidido dejar su tierra natal porque, aunque adoraba su calor, gente y paisajes, no soportaba

el dolor de los recuerdos ligados a ella. Su esposo había fallecido allá, víctima de un mortal accidente en la compañía bananera donde ambos trabajaban. El dinero de su seguro fue lo que ella usó para comprar la propiedad. Sin estudios o preparación, se dedicó a lavar las prendas de los vecinos adinerados. Fue de ese modo que su humilde lavandería vio la luz del día.

Luego, con algo de sus ahorros, la tenaz mujer adquirió un par de lavadoras, que puso al servicio de sus clientes por una reducida suma. Cuando la lavadora se volvió un miembro más de cada hogar, el negocio de Doña Luz declinó peligrosamente. Entonces la lavandería cedió parte de su espacio al abastecedor y al bazar. La ferretería fue la última en unirse a la curiosa familia, precisamente el día de una fuga incontenible en el lavatorio del baño. Doña Luz necesitaba un diminuto empaque para resolver el problema, pero no lo pudo hallar en ningún negocio cercano. Luego de caminar por toda la ciudad y emplear una hora para localizar un local que vendiera el dichoso sello de goma, la mujer decidió adquirir para su negocio artefactos útiles para efectuar reparaciones en el hogar. Ese día la laboriosa mujer dio a luz a su modesta ferretería.

El desarrollo de la ciudad cambió intensamente el panorama alrededor de la tienda. Muchas casas fueron derribadas y cafetales fueron pavimentados para dar lugar a monstruosos edificios que, cual titanes orgullosos, desafiaban a las nubes y al cielo. La estación del tren transportó consigo cientos de personas sin rostro ni nombre quienes, al igual que hormigas o termitas, caminaban en fila y seguían puntualmente sus rutinas.

También vinieron problemas. El número de indigentes aumentó drásticamente. En el pasado, Doña Luz recordaba que “Cuco” era el único indigente en todo el vecindario, pero ahora encontraba un extraño diferente, mal vestido y durmiendo el sueño del alcohol a su puerta al menos una vez por semana. Los robos igualmente aumentaron. Un día fue especialmente aterrador: una hermosa joven de aire europeo entró corriendo a su tienda con el miedo impreso en su rostro. Tras ella entró corriendo también un hombre. Parecía de mente inestable y a la dueña de la tienda le suscitó sospechas. Pensó que se trataba de un secuestrador, pero en realidad los dos solamente buscaban refugio. Habían entrado para salvarse del tiroteo indiscriminado que causaban unos asaltantes quienes, cual las balas que disparaban, conducían arrogantemente rápido un auto que la policía seguía.

Con un poco de suerte, talvez esa hubiera sido la experiencia más tensa que la mujer habría vivido en toda su vida frente al mostrador, ya que jamás había sido víctima de rufianes o malhechores directamente.

Excepto en este preciso momento...

Doña Luz se sentía tensa, dolida y completamente indefensa. Los tres hombres frente a ella, con caras inexpresivas, pero ojos fulgurantes de maldad, le llevaban ventaja. Ella era fuerte y con toda su alma deseaba atestar un par de golpes a los inmundos criminales que la miraban insistentes, pero sabía que no podía hacerlo: estaban armados.

Estaban armados con un pedazo de papel en el cual constaba, por las artes oscuras de un abogado tan inmundo como ellos, que la propiedad de Doña

Luz no le pertenecía a ella, sino a un tal Jonás Sulterz, hombre con fuertes nexos en la política del país.

Conteniendo lágrimas de rabia, se dio cuenta que en la actualidad los asaltos más horribles no son aquellos en los que el bandolero apunta un arma y grita “¡Deme el dinero!”. Son mucho más horribles cuando los malhechores le apuntan a su víctima con un papel y dicen, “Todo es legal. Tiene ocho días para irse de mi propiedad”.

La madrugada del octavo día, Doña Luz miró su antiguo hogar por última vez. Extendió sus brazos al distante y aún invisible sol y exclamó, con una lágrima resbalando por su mejilla izquierda, “¡Hoy también nos levantamos!”

